

querer y de su obrar, completamente libres, así la sociedad como el Universo.

Naturalmente, en el esfuerzo empleado por Lutero para destruir la Iglesia tradicional, la teología dogmática, la autoridad pontificia, la moral católica, necesitaba una compensación formidable á todo lo que el espíritu humano perdía en esta demolición universal; y solo acertó á sustituir cuanto arrancaba de cuajo por una exaltación absurda de la persona de Cristo, que vino á convertirse así en la persona misma de cada uno de los mortales, después de ser en su esencia todo un Dios. Los que se salvan, según Lutero, se salvan por arbitrariedad divina sin que tengan parte alguna en su salvación ni la voluntad propia, ni el propio pensamiento. Asusta y da como vértigos el abismo de inmoralidad á que nos abocamos si admitimos y sostenemos esta absurda teoría. Puede un hombre cometer toda suerte de crímenes, presentarse ante la patria como un mal ciudadano, manchar el templo de la propia familia, cometer desde el robo hasta el estupro y desde el estupro hasta el parricidio; mas como quiera que su voluntad y su pensamiento no tienen parte alguna en su salvación, la arbitraria voluntad del destino puede coger esa cloaca de inmundicias y convertirla en una estrella del firmamento ó en un ángel del Empíreo. Después de esto van á la nada la virtud, la conciencia moral, la voluntad recta, las buenas obras; y el hombre queda reducido á un maniquí impulsado por fuerzas ajenas y superiores á su débil naturaleza. Lo cierto es que, al suprimir la libertad, suprimían los luteranos al hombre; y que, al suprimir al hombre, suprimían á Dios, suprimiendo el mayor y más esencial de sus atributos, suprimiendo su eterna justicia. No, no es el hombre causa primera en el Universo como Dios mismo que lo ha producido con su palabra, lo ha regulado con sus leyes, y lo dirige con su providencia y lo sostiene con su aliento. Pero, dentro de las condiciones de su vida, en su propia y peculiar esfera, el hombre es causa indudablemente, causa trascendental, causa eficiente, causa primera como Dios, y de lo que él hace, solo él responde ante el tiempo y ante la eternidad.

En la polémica, pues, entre Erasmo y Lutero, la razón estaba toda de parte de Erasmo, representante de la libertad y de la ciencia. ¿Cómo sucedió, sin embargo, que no tuviera este último el inmenso influjo del primero? Sucedió porque no todo en el mundo moral se reserva al saber, como no todo

en el mundo económico se compra por dinero. El defensor ilustre de la libertad moral sabía pensar, no sabía querer. El pensamiento abstracto no engendra nunca nada, solo es fecundo el amor. Un pensamiento encendido allá en las cimas de la razón fría, un pensamiento sin vida es como una luz sin calor. No basta con conocer la verdad, se necesita también amarla y servirla. Quien se muestra indiferente en la lucha del bien y del mal, resulta cómplice del mal siempre. El mayor culto que puede concederse á los principios es el sacrificarse por ellos. En el fondo de toda adoración se encuentra un holocausto. Erasmo cuidaba de su estilo cincelado como una joya, departía con los hombres mayores de la ciencia como departe en los teatros el protagonista con el coro, cuidaba con esmero y solicitud de su persona y de su vida, pretendía hacer de las ideas como otros tantos satélites de su conciencia, tomaba los grandes asuntos del siglo antes por tema de disertación que por tema de combate; y el egoísmo no está permitido ni aun á los ingenios de primer orden. La respuesta de Lutero á las defensas de la libertad por Erasmo tiene todo el carácter de sus conocidos escritos, tiene la elocuencia natural, la vivacidad increíble, la dialéctica acerada, la grosería monástica, las diatribas de las cuales salían sus enemigos, aunque fuesen ángeles, convertidos en cerdos. Imaginaos cómo se pondría el humanista tímido, dada su femenil delicadeza y su complexión cobarde, á los mazazos con que Lutero trituraba su cráneo y á los sarcasmos con que Lutero se reía de su persona. Mimado por Reyes y Papas, convertido en blanco de adoración profundísima por numerosa corte de ingenios, alabado en todos los idiomas de la Europa culta, sintió un desmayo al verse por las garras del águila de Witemberg arañado; y se dirigió al Elector en una carta lacrimosa demandándole su protección y auxilio. El Elector, que, en otro tiempo, hubiera recibido esta carta y considerádola como un don celeste, arrojóla debajo de la mesa, y no se curó de darle una respuesta. Irritado entonces el vanidoso vate se encierra en su celda y se apercibe á una ruidosa contestación y á una sangrienta defensa. Pero el artificio no basta donde falta la verdadera pasión. Quien no ama con calor no aborrece con furia. En vano hilaba injurias tras de injurias, ninguna de ellas nacía del gran horno donde esas rojas balas se funden, ninguna de ellas nacía del odio al error. Para calentar su estilo tenía el humanista que leer y

seguir las mismas diatribas lanzadas sobre su cabeza por el monje. Así la respuesta nació descolorida, fría, inerte, falta de lo que mueve todas estas grandes batallas intelectuales, falta de pasión. Imprimióla Froben y publicóse en la feria de Francfort. El efecto, que produjo, fué desastroso para Erasmo. Todo el mundo le criticaba con acerbidad y amargura. El dulce Melancton se hizo de hieles contra Erasmo; el implacable Lutero comparó el libro al silbido de una víbora. La verdad es que pagó bien cara su indiferencia. En la exacerbación de los ánimos y en el choque de las inteligencias no había mas remedio que tomar parte ó por el Catolicismo ó por la Reforma. No quiso; y recibiendo las heridas que le abrían unos y otros contendientes, se fué sin corona de laurel á la tumba. El monje, tan inferior á él por la ciencia, le era muy superior por el ánimo; y defendiendo un error como el siervo arbitrario, alcanzó una victoria debida mas á su corazón que á su inteligencia. Yo he visto la tumba de Erasmo y la tumba de Lutero. No están muy lejos una de otra. Todavía me parece ver desde aquí la roja catedral donde se verificó el Concilio de Basilea, las azules aguas del Rin que corre sereno entre viñedos tras los cuales brillan allá en lontananza plateados campanarios; la cordillera del Jura que cuando la traspone el sol en alguna tarde alegre, rara verdaderamente por aquellos climas, resplandece como cristal veneciano ó como celeste lapislázuli; teatro de la vida de Erasmo, sabio, escritor, filólogo, humanista de quien solo se acuerda algun historiador ó algun literato; mientras en torno de la tumba de Lutero se agolpan innumerables peregrinaciones compuestas de gentes de diverso origen: diferencia por una sencilla consideración explicable, porque Erasmo solo sabia escribir, y Lutero además de escribir, sabia amar y aborrecer.

CAPÍTULO III

EL PAPA CLEMENTE VII Y EL EMPERADOR CÁRLOS V

Al morir Adriano VI bien puede decirse que moría un pensamiento, á saber, la última tentativa de conciliación estrecha entre lo que había de moral en la Reforma y lo que había de dogmático en el Catolicismo. Leon X se burlaba de las disputas frívolas promovidas por el orador de Witemberg, y no comprendía el interés que despertaban vivamente en el ánimo de los principales potentados de Alemania. Adriano VI, flamenco de origen y prelado por vocación, alcanzaba todo cuanto contenía de nefasto para la Sede apostólica el ruidoso movimiento de las ideas teológicas en la removida Germania. Dos propósitos tuvo, desde el momento mismo de su ascension al Pontificado: conseguir de los poderes temporales el auxilio de su fuerza para vencer materialmente á la Reforma y conseguir de la Iglesia la mejora de sus ideas y de sus costumbres para vencer á la Reforma moralmente. Por lo respectivo á la fuerza material, Adriano consiguió el rescripto de Burgos, que decretaba severas penas contra los luteranos, y la liga de Ratisbona que reunía en una especie de haz á los príncipes católicos. Mas á esto se redujeron todas las victorias de su política. En lo respectivo á la corrección de las ideas y de las costumbres, nada pudo conseguir absolutamente. La Ciudad Eterna, enamorada de sus artistas que le parecían como dioses, poseída del empeño de un renacimiento literario, extática ante los altares antiguos consagrados á los dioses paganos, orgullosa de sus ruinas, huía los templos del Dios vivo y odiaba la persona del Pontífice bárbaro, por impedimento á la obra capital de